

Las Políticas Culturales como Variable Indispensable del Desarrollo

Gerardo Caetano

(Universidad de La República, Uruguay)

Las políticas culturales constituyen una variable del desarrollo en cualquier sociedad. Y es muy bueno que volvamos a hablar de desarrollo en América Latina porque hacía mucho tiempo que no hablábamos de ello, parecía que nos había ganado como un miedo por la utilización de la palabra. Desde una lectura apresurada de los fracasos de los planteos desarrollistas de los sesenta, el discurso político y fundamentalmente el económico habían sido hegemonizados por los enfoques cortoplacistas, desde la primacía de una perspectiva ultraliberal, que suponía que el desarrollo era una variable absolutamente inescrutable, que no debía pensarse en el mediano y en el largo plazo. Es bueno que no solamente en economía sino también en cultura, en el plano diverso de lo social y en política, se vuelva a hablar de desarrollo. También resulta plausible que en esa perspectiva se vuelva a discutir en nuestras ágoras no sólo acerca de “*lo posible*” (necesariamente móvil, aun en el plano de restricciones poderosas como las de hoy) sino también en torno a “*lo deseable*”, que se vuelva a dialogar y polemizar en torno a derechos y obligaciones.

Advirtamos también que construir política hoy en el marco de sociedades en donde el Estado ya no puede lo que antes podía, implica evitar atajos perezosos y simplistas. Aquí el tema vuelve a ser –como surge en muchas entrevistas– la interrogación acerca de qué Estado y qué instituciones públicas queremos y necesitamos, cómo construir una política cultural moderna pero efectivamente integradora que no sea “*estadocéntrica*”, qué modelo de relación entre instituciones como el Estado y las múltiples y diversas organizaciones de la sociedad civil resulta el más fecundo para renovar las vías de comunicación y representación, cómo se contribuye de la mejor manera a la construcción de espacios públicos no estatales, cómo terminamos con esa estatalización de lo público que tantas veces nos impidió pensar de manera más libre la política, la sociedad y la cultura.

Precisamente uno de los ejemplos más ilustrativos de la centralidad para los gobiernos de la región de encarar con la radicalidad debida el reto de una reinención de la ciudadanía tiene que ver con los programas y las formas de aplicación de políticas sociales en contextos de emergencia social. En efecto, si no se quiere que los programas de emergencia devengan en asistencialismo y que reproduzcan estructuras de exclusión, se vuelve imperativo que los beneficiarios de las nuevas políticas se vuelvan de modo creciente en sujetos y no en simples objetos de la acción pública. Se trata de políticas sociales que sean diseñadas desde este nuevo enfoque de ciudadanía en su centro, con una fuerte apuesta a inducir la organización (independiente y no subalterna a ningún interés partidario o ideológico, con exigencia de contrapartidas) de los “*no organizados*”, que suelen ser en nuestras sociedades los más pobres entre los pobres, los invisibles, aquellos que no pueden lograr ni siquiera amplificar sus demandas ante el ninguneo de la sociedad mediática y las redes corporativas. Un gobierno que se limite a responder las demandas de los actores tradicionales, con toda seguridad en América Latina no llegará a los más excluidos, precisamente aquellos que deben fundar el “*derecho a tener derechos*”.

Como han señalado varios autores de la talla de Putnam o Kliksberg, entre tantos otros que podrían citarse, la globalización actual precisamente vuelve a ratificar, si se la mira en profundidad, que el principal capital es el “*capital social*”, y que este, como supo enseñar Lechner, debe ser visto como “*problema cultural*”. En el texto de una conferencia dictada en la Asociación Alemana de Investigación sobre América Latina de Berlín, en noviembre del 2000, luego de destacar los valores de “*la confianza, la reciprocidad y el civismo*” como cimientos del “*capital social*” y de alertar sobre los déficits crecientes en la “*ciudadanización de la política*”, la “*erosión de los imaginarios colectivos*” y el traspaso del “*eje estructurador de la convivencia (...) del trabajo al consumo*”, Lechner concluía con convicción: “... *hay buenos argumentos para suponer que el desarrollo de capital social está vinculado a las constelaciones culturales predominantes en la sociedad. En particular, parece correcto sostener que la creación de capital social depende de las representaciones colectivas que existan del Nosotros. Cuando esos imaginarios sociales se vuelven precarios, también se debilitan las relaciones de confianza y cooperación.*”

Nos sigue faltando mundo, como en muchos momentos de nuestras historias, pero el problema es que hoy ya no disponemos de tiempo ni de mitos vigentes y tranquilizadores. Y si hablamos de políticas culturales tenemos que hablar de política, y aquí también hay un posible “*abrazo de la muerte*” que es creer que se puede hacer políticas culturales sin política. Y esto que parece perogrullesco no lo es cuando vemos crecer ese sentimiento antipolítico que tanto se ha desplegado en nuestras sociedades y aun en nuestros sistemas políticos. También existe otra tentación actual, como advierten de distintas formas muchos de los entrevistados: la apuesta demagógica de la visión “*populista*” de la cultura, esa identificación ingenua pero creciente -y a veces con pretensiones monopolistas- de asimilar sin más cultura popular a cultura.

Frente a estas y otras interrogantes, como decíamos, surgen de inmediato tentaciones y atajos perezosos. Por ejemplo, enfrentar los extremismos estatistas con el repliegue (igualmente extremista y dogmático) indiscriminado del Estado, acompañado de la transferencia acrítica de áreas completas de la creación cultural al mercado, cultivando el “*jardín de las bellas artes*”. También en esa misma dirección podrían invocarse las visiones de un Estado posmoderno que lo legitima todo, o de un Estado que, de alguna manera, abdica de su condición de actor. También aquí aparece el peligro del provincianismo, la idea de pensar como posible y deseable un Estado de fronteras adentro que preserve reactivamente la identidad cultural de una nación asediada culturalmente y que promueva en forma permanente la oposición reaccionaria de lo propio y lo ajeno, de “*lo nuestro*” y lo “*foráneo*”.

Hoy cuando hablamos de políticas culturales no podemos olvidar que hay supranacionalidad informal así como espacios públicos transnacionales, desde donde también se definen acciones culturales decisivas, frente a las que los Estados, mucho menos desde lógicas puramente reactivas, poco pueden hacer. Asimismo, cuando estamos viviendo procesos de integración regional y cuando estamos debatiendo modelos de integración regional que den nuevo impulso a esos horizontes y contribuyan a superar el déficit democrático de esos procesos, se impone pensar y actuar internacionalmente, desde enfoques de “*regionalismo abierto*” que también sirven a la hora de revisar los intercambios culturales. Si a dos décadas y media de la creación del Mercosur, con frecuencia los economicismos predominan en la conducción del proceso integracionista sobre los enfoques más políticos y culturales –que se asocian y empujan en una misma línea-, sin atender las dimensiones culturales, las integraciones no sólo serán menos

democráticas sino también más ineficaces y frágiles, más inestables y alejadas del compromiso genuino de las sociedades civiles. La visión contemporánea del Mercosur – por cierto debatida, como surge del cotejo de la opinión vertida por muchos de los entrevistados- creemos que brinda mucha evidencia empírica confirmatoria de esto que decimos.

Desde perspectivas no provincianas, que incorporen mundo sin copia y desde las exigencias de la “comarca”, muchas cosas cambian. Tomemos por ejemplo la noción de patrimonio cultural nacional. Como también han estudiado García Canclini y otros autores, ha habido una modificación radical de los conceptos que guían hoy la pregunta esencial acerca de qué es lo que vale en cultura, qué es lo que debe entrar en el canon y qué no. Un patrimonio concebido como instrumento de una política cultural renovada se redefine en un sentido mucho más abierto, en el que se despliega una incorporación cambiante entre lo arcaico, lo residual y lo emergente, concepción desde la que se rechaza aquella noción que suponía que el patrimonio cultural estaba formado por un conjunto de bienes y prácticas que recibíamos como “un don” desde un pasado esencial, que desde su imbatible prestigio simbólico no cabía discutir. Hoy se discute genuinamente cómo quitar esencialismo a las nociones de patrimonio cultural, cómo evitar su afincamiento restrictivo al área de lo meramente nacional, cómo provocar en el ciudadano una relación más libre y creativa con el patrimonio, desde una visión más refinada y actualizada acerca de las formas en que una sociedad puede apropiarse hoy de sus tradiciones y memorias colectivas.

Si se habla con profundidad y sinceridad sobre estos temas no se puede omitir el tema del financiamiento. Y éste es un abordaje que aun hoy, algunos autores que estudian los temas culturales a menudo rehúyen, porque de alguna manera todavía rechina entre nosotros el vínculo entre dinero y cultura. Sin duda que en ese prejuicio se atisba toda una noción arcaica, restrictiva y hasta aristocratizante de lo que entendemos por cultura, que entre otras cosas omite el hecho que las llamadas industrias culturales cada vez proporcionan en nuestros países más trabajo y configuran realidades económicas nada desdeñables. Y así como no podemos hablar de políticas culturales sin política tampoco podemos hacerlo ignorando sus soportes económicos.

¿Puede pensarse sobre la suerte de la identidad cultural propia sin saber a qué reglas materiales está sometida la producción cultural en un marco de globalización y regionalización? ¿Cómo pensar en los problemas de los trabajadores de la cultura si éstos no se ven y perciben como tales? ¿Cómo promover nuestras obras culturales si no conocemos las condiciones del mercado regional e internacional? ¿Cómo podemos pensar en la cultura si no sabemos lo que la misma produce en términos de construcción económica? No tenemos una noción adecuada respecto a la conceptualización nueva y a la forma en que se autorrepresentan hoy los agentes culturales en términos de agentes económicos. Todavía no sabemos con precisión cuál es el valor de la producción cultural en áreas vitales. No sabemos tampoco cómo estos nuevos contextos de mercado están implicando y condicionando la competencia cultural. La ausencia de información rigurosa sobre estos y otros tópicos conexos constituye una carencia formidable, que debemos comenzar a superar en forma impostergable.

En suma, hoy la construcción de políticas culturales que sean sustento genuino para el desarrollo requiere, entre otros muchos instrumentos, una redefinición renovada de las políticas culturales que nos integre efectivamente al mundo real (no al querido ni al tantas veces invocado desde visiones obstaculizadas a menudo por anteojerías ideologizadas).

En primer lugar, creemos muchas veces que tenemos sociedades sobrediagnosticadas y que lo que faltan son propuestas; como se señalara anteriormente, es hora de problematizar y cuestionar los alcances de esta percepción. En el terreno de la cultura parece evidente que aun nos faltan muchos diagnósticos exigentes. En nuestros países hace falta muchísima investigación y muchísimo estudio con base empírica consistente respecto a los temas de la cultura. Ello resulta decisivo como soporte de una renovación efectiva de políticas en el área.

En segundo lugar, muchas veces cuando se habla de políticas culturales desde los gobiernos se elige el atajo perezoso de la tabla rasa, de la hora cero, del empezar todo de nuevo, sin buscar acumulaciones. La cultura es acumulativa por definición, nunca es un fresco instantáneo sino que se perfila y construye desde tradiciones, guste o no guste. Y en particular si se quiere innovar en profundidad, en este campo se debe pensar en el largo y en el mediano plazo, lo cual implica asumir acumulaciones, aprender que el mundo no empieza con cada nuevo gobierno, que las políticas culturales no prosperan ni arraigan desde las escisiones culturales.

En tercer lugar, por todo lo señalado resulta obvio que creemos que se necesitan políticas culturales activas, con impulsos reformadores, con una fuerte reivindicación del espacio de la política, pero tampoco podemos caer en la política populista que no elige, que no selecciona. Se trata de políticas activas pero con selección rigurosa. ¿Pero quién define los criterios de selección en una construcción democrática? ¿Quién define qué es lo que se debe subsidiar por el Estado? ¿Cómo se construye y se implementa la colección patrimonial que siempre es imprescindible? Y aquí debe volverse siempre a los principios teóricos clásicos de la democracia: esta nunca puede ser concebida como una cultura, la democracia siempre es un pacto de culturas. No podemos construir democráticamente políticas culturales para sociedades integradas si no es sobre la base de la solidaridad entre los diferentes y de la reinención permanente de la ciudadanía y de la política. De modo que una base absolutamente inexcusable para una política cultural democrática será eso, ambientar pactos entre culturas, ambientar un pluralismo efectivo y no simplemente la “tolerancia” resignada de lo diverso, que no nos cambia ni interpela.

Por último, también una genuina cosmovisión nos plantea otra exigencia para dejar de lado las perspectivas provincianas: la necesidad imperiosa de apostar a la flexibilidad, al énfasis en las cuestiones del conocimiento, de la innovación, de los recursos humanos, de profesionalizar el tema de la gestión cultural, de evita la mera copia de recetas importadas. Sobre todo en el plano cultural y en el de sus políticas, no todas las sociedades cambian igual. Y aquí tenemos ejemplos muy sanos a los que podríamos recurrir, que nos vienen de las políticas científicas y tecnológicas: entre ellas la idea del “sastre tecnológico” que asumen muchos científicos básicos, aquél que es capaz de interpretar un problema o una necesidad y de buscar y construir una solución original, que diseña soluciones a la medida de aquellos a quienes destina su política. Hoy en día un porcentaje muy importante de un diseño adaptado, en la tecnología por ejemplo, es valor agregado de conocimiento local. Esto también tendría que valer para el diseño desafiante de políticas culturales efectivamente renovadas, genuinamente alejadas de provincianismo.